

Otra dimensión de Sara Corpas García. (Categoría A)

—¡Buenos días mundo! dije con voz cansada. Lo primero que hice fue vestirme, me colgué la mochila y bajé las escaleras corriendo. Estaban mis crepes favoritos; me los zampé de un bocado. —¿Has preparado la mochila? dijo mi madre —Si mamá, me voy corriendo a la estación del tren. En el camino me encontré algo que me dejó boquiabierto. Era una roca muy grande con un agujero lleno de telas pegajosas, pero lo dejé pasar.

A la hora del recreo me encontré a mi mejor amiga Sheila:

—¡Hola Sandra! ¿Qué haces dando vueltas como si fueras una peonza? Te veo muy rara, ¿qué te pasa? Dijo Sheila alterada. Muchas preguntas para una sola persona. —No me pasa nada, solo que vi algo un poco extraño esta mañana. Dije dudosa.

—¿Qué te ha pasado? ¡Cuenta, cuenta por favor! —Me siento entusiasmada, me voy a casa, ¡te espero en mi casa a las 20:00!

Llegué a casa, y, lo primero que hice fue buscar información sobre las telas que encontré esta mañana en aquella roca. No encontré nada de información, pero, yo sabía que ahí había algo raro. Llegaron las 20:00 y mi amiga Sheila llamó al timbre —¡Din, don! Me levanté de mi cama como una flecha y abrí la puerta —¡Hola Sandra! dijo Sheila —¡Menos mal que has venido a la hora justa! —Te tengo que enseñar algo, vas a flipar. Dije alucinada y nerviosa. —¡Qué, qué, qué, quiero verlo ya, estoy muy nerviosa! Dijo Sheila entusiasmada. La cogí de la mano y la llevé a aquella roca con esas telas pegajosas.

—¡ALA! Lo voy a tocar. Dijo Sheila alucinada. —¡Noo! no lo toques sin guantes, toma, pónelos y empezamos a manosear. Nos pusimos los guantes, y conforme lo tocaba el agujero con telas pegajosas se iba abriendo hasta que Sheila se coló por aquel agujero, yo me asusté e hice fuerza para sacar a Sheila de allí. La fuerza pudo conmigo y me empujó hacia adentro.

Abrí los ojos y me di cuenta de que estaba en otra dimensión. Era un ambiente muy raro; los árboles sin ni una sola hoja, basura arrasada por el suelo y estaba todo muy oscuro —¿Sandra, dónde estamos, qué ha pasado, me oyes? Dijo Sheila algo confundida.

—¡Sheila!, ¿estás bien? ¿Por qué estamos aquí? —Sandra, ¡estamos en otra dimensión! Hay que buscar la salida y salir de aquí cuanto antes. —Por una vez tienes razón Sheila, hay que investigar este lugar. Dije sonriente pero a la vez preocupada.

Estuvimos un rato dando vueltas, y, nos encontramos casas en ruinas, coches viejos, pero, no había ni un solo ser vivo en aquel lugar. Pasando las horas empezó a llover y lo peor que pudiese pasar, nos pasó, no teníamos alimentación ni agua. —¡Sheila! Mira lo que he encontrado, vas a flipar. Dije sorprendida, como si hubiese encontrado un cofre pirata.

—¡Dios mío, Sandra!. Lo que encontré era nada más y nada menos que la roca con telas pegajosas que me encontré en el camino a la estación de tren. —Si nos metemos en este agujero tenemos un 50% de probabilidades de aparecer en la vida real. Dije como diría un gran científico. —¿Cómo sabes eso? —Lo leí en unos de los libros de la biblioteca del colegio. —¿A qué esperamos? Vamos a meternos ya. Dijo Sheila. La basura corría de un lado a otro, y, empezó a tronar.

—Yo me meto primera. Dije con valentía. Empecé a meter mis extremidades, luego el tronco y por último la cabeza. Era como un túnel con una especie de impulso. El viaje a la supuesta realidad tardó veinte segundos, pero a mí, se me hizo eterno. De pronto sentí un golpe muy duro en mi espalda. Me giré y era Sheila. —¿Sandra, estás bien? —Sí, si, tranquila. Dije tocándome la espalda dolorida. —¡Vale! Una vez que estamos aquí hay atravesar esa cavidad. Dijo Sheila señalando a las telas pegajosas.

Salimos de allí; en un árbol había un cartel que en el ponía que dos niñas de once años habían desaparecido. —Sheila, ¡ponen nuestros nombres!, ¡pone que estamos desaparecidas! ¡Tira pitando a tu casa, nos están buscando! dije muy seria. —¡Adiós Sandra, nos vemos mañana en otra dimensión! No le tomé importancia a lo que me dijo y salí corriendo a mi casa. ¡Din, don! llamé al timbre. Mi madre abrió la puerta llorando pensando que había perdido a su única hija. Cuando me vio le cambió la cara; se le puso blanca —Sandra Cuesta Fernández! ¿Dónde se supone que estabas? ¡Pasa para adentro YA! Dijo mi madre enfurecida pero a la vez sorprendida. —Mamá, lo siento, pero viaje a otra dimensión. Dije triste —¡No me cuentes rollos, estás castigada! —Pero, per, pero, ¡mamá! —Hija estás castigada, mejor ve a tu cuarto y piensas la liada que habrás hecho, y, cuando quieras me dices la verdad. Dijo mi madre todavía enfurecida.

Me acosté en mi cama y memoricé todo lo que había pasado. Llamé a Sheila y me dijo que estaba castigada —Yo también Sheila, pero, ha sido una buena experiencia, ¿no? —Sí ¡ja, ja, ja! Nunca olvidaré esta experiencia. Pero ahora estoy castigada y aburrida —¡Hija! baja a cenar. Dijo mi madre —¡Ya voy mamá! Bajé y le intenté contar lo que había pasado. —Tranquila ya me he enterado de la verdad. Dijo mi madre. Como todos los cuentos, esta historia tuvo un final feliz, mi madre me levantó el castigo. Terminé ese día viendo mi serie favorita con mis padres, pero, le dije a mi madre que no se volvería a repetir. —Tranquila Sandra, yo confío en ti. Me lanzó una sonrisa que me llegó, hasta lo profundo de mi corazón. —Te quiero mamá, —Yo también hija.